

Mérida y Almagro: clásicos para un verano

**MAURO
ARMIÑO**

En su reciente discurso inaugural del Festival de Edimburgo, punto de referencia imprescindible, junto con el de Aviñón, de la cultura europea, el prestigioso teórico de la literatura Georges Steiner ha abogado por la supresión del mismo festival cuya existencia tenía que exaltar razonando los motivos que le impulsaban a tan tajante propuesta: fundado en los años de la posguerra, el festival de Edimburgo quiso ser punto de encuentro y de concordia en una Europa desolada y devastada; ahora, según el crítico, los fines no pueden ser los mismos y el papel que en la cultura deberían jugar los festivales en nada se compadece con el fenómeno de turismo simple en que se ha convertido el millar sobrado de espectáculos que invaden la ciudad escocesa de Edimburgo. El discurso de Steiner, aunque la situación no sea la misma, puede servir de reflexión sobre los dos festivales españoles más notables, que perviven, aunque muy menguados, con el sello de cultura de alto calado inscrito en sus intenciones.

Fueron buenas en sus inicios, pero han decaído o se han visto envueltas en una inextricable red

TEATRO

de compromisos que han dado al traste con un período de brillantes ediciones: ha disminuido la presencia internacional por motivos económicos, por motivos económicos también aparecen cada vez más grupos y compañías recién salidas de las escuelas de arte dramático o de aficionados, y se ha difuminado, por último, uno de los aspectos capitales de un festival que se

precie de categoría: la presentación de obras no estrenadas todavía en otros puntos.

Almagro en rebajas

A finales de julio y a mediados de agosto concluían respectivamente los festivales de Almagro y Mérida: el festival que tiene por corazón el recuperado coral de comedias del siglo XVII de Almagro hace su programación, estatutariamente, a partir de los trabajos de la Compañía de Teatro Clásico; ambos, festival y compañía, navegan hace tiempo bajo la batuta personalista hasta el exceso de Adolfo Marsillach, que ha repuesto su estreno anterior, *El misántropo* de Moliere. Pieza en sí excelente la del gran cómico francés, pero sobre el escenario y bajo la dirección de Marsillach *El misántropo* quedaba minusvalorada en lo que constituye su misterio y en el blanco a que apunta su crítica, convertida aquí en una lectura tan personal como irrelevante y falaz: cuando el patético misántropo cruza el patio con una maleta para retirarse al "desierto", Marsillach parecía aludir hace unos meses, fecha de su estreno, a la situación política española y dar por concluido el papel que con el Partido Socialista en el poder ha jugado durante más de una década en la política teatral. No era así: el guión que él mismo ha escrito para tratar de seguir al frente de la Compañía — guión que llegaba a incluir como arma más contundente la

presentación de su propia dimisión—, no ha tenido buen fin, y es una lástima porque son muchos los que creen, con el dramaturgo Fermín Cabal, que "Marsillach es el mejor director de la derecha".

El principal estreno de Almagro ha sido, desde luego, *El sí de las niñas*, de aquel afrancesado que tuvo por nombre Leandro Fernández de Moratín, único dramaturgo que ha pervivido, gracias a esta pieza, de su época. Tanto la escenificación como la dirección de actores —ambas a cargo de Miguel Narros—, han sido un trabajo sólido que indudablemente ha de convertirse en el suceso más importante de los escenarios cuando se reabran en otoño. *La vida es sueño*, de Calderón, estrenada por la Compañía de Teatro Clásico, ha servido para mostrar la capacidad y buen gusto del argentino Ariel García Valdés, quien sólo de tarde en tarde trabaja entre nosotros, aunque tal vez la importancia capital de esa obra le venga algo grande. Una versión de la *María Estuardo* de Schiller, que devolvía a las tablas a la directora María Ruiz, que con un grupo de actores jóvenes —Nuria Gallardo, Gabriel Garbisu— abordaba el destino trágico de una heroína femenina. Y otra pieza célebre, *La hostelera* de Goldoni —en castellano se ha conocido siempre como *La posadera*—, ha servido para volver a ver sobre los escenarios un trabajo digno de una joven promesa del teatro catalán, Sergi Belbel, que sin

embargo no acaba de cuajar como dramaturgo.

El resto de las obras presentadas en Almagro carecían del sello de estreno o eran ejercicios escolares: unos *Entremeses* de Cervantes, dirigidos por José Luis Gómez y Rosario Ruiz para el Teatro de la Abadía, *El desdén con el desdén*, de Moreto, una *Celestina* montada por una compañía de la RESAD, la escuela de Arte dramático de Madrid, y *Noche de Reyes*, rara y delicada pieza de Shakespeare a la que ni pudieron ni supieron sacar su meollo los intérpretes de "Compañía abierta" dirigidos por Juan Pastor. El inevitable apartado Shakespeare ha contado también con dos piezas en versión inglesa de la compañía "Ophaboom Theatre": *Romeo y Julieta* y *Ricardo III*.

Mérida
y sus grecolatinos

El Festival emeritense ha repartido de modo casi igual en esta edición sus seis días de teatro, además de la inauguración, que ha corrido a cargo de la Compañía Nacional de Danza. Arrancó con unas *Troyanas* de Eurípides escenificada por el Teatro Nacional portugués, con un buen director, Joao Mota, y una primera actriz, Eunice Muñoz. No muy lejos de ese mundo que quería ser una elegía por la Troya perdida y la libertad usurpada, estaba la *Antígona* de Sófocles dirigida por el extremeño Francisco Suárez e interpretada por Juan Luis Galiardo y Blanca Apilánez.

Un director griego de gran prestigio en toda Europa, Terzopoulos, presentó su *Prometheus Bound*, sobre el mito inaugurado literariamente por el poeta Hesíodo y cuya presentación sobre las tablas correspondió a Esquilo, quien perfiló los rasgos característicos de este hijo de titanes que se rebela contra Zeus y roba del Olimpo el fuego para enseñar su uso a los hombres. Terzopoulos, con un excelente trabajo creativo, lleno de imaginación, ha arrancado del texto de Esquilo para hablarnos, en imágenes, del mundo de hoy.

Frente a estas tres piezas y a los tres mayores trágicos de la cultura occidental, la aportación romana ha sido menor este año sobre el escenario emeritense: una versión de Plauto, *Anfitrión*, interpretada por Rafael Álvarez

el Brujo, supuso un descanso cómico entre tanta grandeza y tensión trágica; y *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare —el mundo clásico sigue siendo el centro, pero a través de la visión del gran inglés del siglo XVII—, obra que hasta hace poco estaba tachada de la lista de piezas mayores de Shakespeare, por su falta de sentido dramático en comparación con *Hamlet*, *Lear*, *Ótelo* o *Macbeth*, pero que en los últimos tiempos ha cobrado importancia: un crítico tan fino y prestigiado como Northrop Frye ha llegado a decir que si *Hamlet* es la gran pieza shakespiriana del siglo XIX, y *Lear* la del siglo XX, *Antonio y Cleopatra* bien podría ser la obra "escrita" para el siglo XXI, por parecerse y reflejar mejor el mundo en el que parece que estamos entrando.

Escaso y pequeño parece el saldo de nuestros festivales, sobre todo cuando hay algunos que pretenden compararlo con Aviñón o Edimburgo. Por otra parte, y después de una etapa en la que los festivales han servido para poner al día al espectador sobre lo que estaba ocurriendo y haciéndose en los escenarios europeos tras décadas de cierre al exterior del teatro español, parece haber llegado el momento, como en Edimburgo, de plantearse los fines y el papel que debe jugar, en nuestra cultura escénica, una herramienta de tantos filis como son los festivales.